

La revolución del conocimiento: Tecnología eco-amigable (II)

El eco-romanticismo es una quimérica pretensión de mantener una naturaleza estática, sin la intervención del hombre, tratando de alcanzar un “paraíso perdido” que jamás existió, porque la naturaleza es un ente cambiante que evoluciona según reglas contingentes, azarosas, pero no caóticas.

Los eco-románticos pretenden expulsar a la humanidad del planeta tierra, o al menos una gran parte de ella (los no elegidos, o lo que es lo mismo, los que no puedan pagar para quedarse), por el pecado de volver a morder la fruta del árbol del conocimiento (llámese ciencia y tecnología). El problema es que la humanidad es parte de la naturaleza, es ella misma naturaleza, y por lo tanto, forma parte importante de los cambios que la naturaleza sufre durante su evolución. La pretensión eugenésica del movimiento eco-romántico es la

caranodisimuladadeunfascismo corporativo que muchos han comenzado a vislumbrar. Por ello, surge una nueva corriente ecologista, la llamada tecnología eco-amigable.

Según los que sostienen esta tesis, hay que tener confianza en la acción del mercado, que obligará a las empresas (a corto o largo plazo) a desarrollar la tecnología necesaria para evitar los males achacables a la explotación capitalista, y así mantener a su clientela contenta. Dicho en otras palabras: ¿pagaría usted unos centavos más por su lata de atún si mueren menos delfines?

A primera vista, parece una idea razonable. Al menos mejor que la posición irracional de los eco-románticos. Aparentemente se basa en el conocimiento que a lo largo de los años la humanidad ha ido adquiriendo, y se parece bastante a una noción que nos

gusta mucho, que es la sana transformación de la naturaleza. Sin embargo, el espejismo no dura demasiado en nuestra imaginación.

Sabemos que el mercado no es el medio más adecuado para “seleccionar” quien o quienes protegen más a la naturaleza. La publicidad, el mercadeo y las prácticas comerciales insanas (monopolios, etc) controlan la acción del mercado y al final sucedería lo mismo que ha sucedido con toda la serie de productos “light” (ligeros) que han aparecido con la finalidad de, supuestamente, combatir la epidemia de obesidad que asola al mundo: mercancía más costosa, y mucho más dañina que el producto original. Un refresco de cola “ligero” no posee azúcar, pero los químicos que le agregan para endulzarlos (como el aspartame) pueden generar una serie de daños a la salud que lo hacen

más pernicioso que el producto original. Además de ello, en los veinte y tantos años que lleva la moda de los productos “light” no hemos visto a nadie rebajar de peso mediante el consumo de esos artículos, ¿y usted?

En resumen, el eco-romanticismo y la tecnología eco-amigable (aparentemente opuestas) coinciden en un punto: el capitalismo es el culpable de la depredación de la naturaleza sino tú, el hombre de a pie, ya sea por tu mera presencia en el planeta, o por las malas decisiones que tomas al comprar los productos

que consumes. Esta tesis no llega a ser ofensiva a nuestra inteligencia por lo ridícula que es. Indu-

dablemente el capitalismo es el culpable de todos los males que ha acarreado la relación consumista del hombre con la naturaleza del planeta en los dos últimos siglos. Una relación explotadora, depredadora y expoliadora. Tenemos sobrados ejemplos que la naturaleza reacciona con generosidad cuando se le trata de otra forma. Cabe destacar como ejemplo la introducción de la caña de azúcar en la América caribeña en el siglo

XVI, o la llegada del mango en la Venezuela de mediados del siglo XIX (Bolívar no llegó a comer mangos) cuya extensión en nuestros campos hace pensar en ellas como especies autóctonas. Es así que aparece en nuestro territorio la moringa (*Moringa Oleifera*) árbol originario de La India, Bangladesh, Afganistán y Pakistán, que se adapta a un amplio rango de condiciones climáticas. Esta planta se ha naturalizado en muchas regiones de nuestra patria y existe un serio proyecto con esta especie en el país impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Agricultura y Tierras.



Caracas, marzo de 2015